

Ligny a fuerza de balas y de bombas, que hizo de todo punto imposible la permanencia en ella de los batallones destacados de las divisiones Hénkel y Jagow. Aprovechándose de su trastorno, avanzó con sus tres columnas guiándolas él mismo bajo un fuego violento; se apoderó primero de las huertas, después de las casas, y logró llegar hasta la calle principal de la aldea paralela al arroyo de Ligny. Entonces comenzaron una serie de combates furiosos, que tenían, al decir de un testigo ocular, la ferocidad de las guerras civiles, porque el odio que los prusianos profesaban a la Francia provocó en los soldados franceses una especie de rabia tan violenta que ni unos ni otros se daban cuartel. Llevando consigo su reserva el general, continuó la conquista de la calle principal hasta la línea del arroyo y aún más allá; pero un brusco regreso de la división Jagow le obligó a retroceder. La calle principal corría paralela al arroyo, pero había otra calle que formando una cruz con la principal y atravesando el arroyo con un puentecito pasaba por delante de la iglesia, que estaba construída sobre una plataforma elevada. Los batallones de Jagow, que habían tomado la ofensiva, desembocando por esta calle transversal llegaron hasta la plaza de la iglesia y alejaron a los franceses hasta la extremidad de la aldea; pero Gerard con la espada en la mano, impulsando a avanzar a sus soldados, quedó dueño de la calle principal. A la derecha situó una numerosa artillería sobre la plataforma de la iglesia, la cual cubría de metralla a los prusianos en cuanto aparecían por la calle transversal, y estableció a la izquierda, en un antiguo castillo medio arruinado que hoy ya no existe, una guarnición provista de buena artillería. De este modo consiguió sostenerse en el interior de Ligny, gracias a sus prodigios de energía y de abnegación personal; pero lo mismo allí que en Saint-Amand el carácter de la batalla era el mismo; los franceses habían conquistado las aldeas que los separaban del enemigo, sin poder avanzar más allá en presencia de las reservas prusianas formadas en anfiteatro hasta el molino de Bry.

Esta situación justificaba la sabia maniobra imaginada por Napoleón, puesto que sólo un ataque por la retaguardia contra la línea de los prusianos, formada desde Saint-Amand a Ligny, podía poner fin a su resistencia, y aún más, hasta debía, colocándolos entre dos fuegos, dejar a los franceses en posesión de la mitad de su ejército.

Napoleón, impaciente por ver ejecutar esta maniobra, envió una nueva orden a Ney cuyo cañón empezaba a escucharse, pero que de todos modos no podía estar tan ocupado con los ingleses que le fuese imposible destacar diez ó doce mil hombres para atacar a Blücher por la espalda. Fechada a las tres y cuarto, redactada por el mariscal Soult y confiada a Mr. de Forbín-Jansón, esta orden decía al mariscal Ney:

«Señor mariscal: el combate que os he anunciado es *por aquí muy fuerte*. El emperador me encarga decirlos que debéis maniobrar acto continuo con el fin de envolver la derecha del enemigo y caer sobre su espalda con la mayor energía. El ejército prusiano se verá perdido si obráis vigorosamente: *la suerte de la Francia está en vuestras manos.*»

Mientras que Mr. de Forbín-Jansón llevaba a toda prisa esta orden a los Quatre-Bras, continuaba la batalla

con el mismo furor sin que los prusianos lograsen arrebatarse a los franceses la línea del arroyo de Ligny; pero sin que éstos tampoco pudiesen atravesarle ni avanzar por la opuesta orilla. El anciano general Friand, que mandaba los granaderos de a pie de la guardia, y cuya vida entera pasada en el campo de batalla había ejercitado su golpe de vista, se adelantó hacia Napoleón y le dijo indicándole las aldeas: «Señor, no concluiremos con esas gentes si no los atacamos por el flanco con uno de los cuerpos de que vos disponéis.» «Tranquilízate, le respondió Napoleón, ya he ordenado ese movimiento tres veces y voy a ordenarle la cuarta.» Sabía con efecto que el cuerpo de Erlón, el último que se había puesto en marcha, debía haber llegado cuando más un poco más allá de Gosselies, y que un oficial enviado a galope le encontraría bastante cerca para poder atraerle hacia Saint-Amand. Envío a La Bedoyere con una esquela escrita con lápiz, dando a de Erlón la orden de desandar lo andado si había avanzado más de lo que suponía, y tomando inmediatamente por la antigua calzada romana, llegar a espaldas del molino de Bry. Esta orden, cuya ejecución no parecía dudosa, debía asegurar un resultado igual a los mayores triunfos de los tiempos pasados. Pero ¿quería la fortuna que sucediera esto?

Entretanto Blücher, cuya energía y patriotismo no se desanimaba, lanzó contra Ligny todas las fuerzas que le quedaban de las divisiones Hénkel y Jagow. Estos batallones de refresco cayendo sobre la aldea llegaron un momento hasta la calle principal, y el general Gerard, redoblando su arte y su valor, empleando hasta sus últimas reservas, fuerte siempre a la derecha en la plataforma de la iglesia, a la izquierda en el antiguo castillo, no se dejó arrebatarse su conquista; pero envió a decir a Napoleón que se le acababan los recursos y que era indispensable que acudiera a su socorro. Por entonces había ya hacinados en la aldea de Ligny cuatro mil cadáveres.

También intentó Blücher por el lado de Saint-Amand un esfuerzo violento enviando hacia él en línea el cuerpo de Pirch I para sostener al de Ziethen, es decir, una masa de sesenta mil hombres que se encontraba entre Bry y Saint-Amand. Envío la división Pirch II en socorro de la de Steinmetz con orden de recuperar a toda costa a Saint-Amand-la-Haye, y dirigió la división Tippelskirchen a Saint-Amand-le-Hameau con instrucciones no menos enérgicas. A esta masa de infantería reunió la caballería de los cuerpos 1.º y 2.º al mando del general de Jurgas con la intención de rodear la izquierda de Vandamme. Al mismo tiempo hizo avanzar a las otras tres divisiones del 2.º cuerpo, las de Brauze, Krafft y Langen, con el fin de reemplazar en las alturas de Bry a las tropas que iban a batirse, y ordenó al general Thielmann que se dirigiese hacia Sombreffe sin desguarnecer demasiado el Point-du-Jour, que era por donde debía desembocar Bulow con el 4.º cuerpo. Asimismo le encargó que alarmase a los franceses por su derecha, ejecutando una demostración sobre el camino de Charleroy.

En consecuencia de estas disposiciones, Blücher, marchando a la cabeza de sus soldados, intentó un ataque de los más vigorosos contra las tres aldeas de Saint-Amand. La división Pirch II se precipitó sobre

Saint-Amand-la-Haye con la mayor impetuosidad y logró penetrar en ella. El general Girard (1), rechazado, volvió con su brigada de la izquierda, la del general Piat, y logró sostenerse. Blücher, al frente de los batallones reformados de Pirch II, reapareció una segunda vez en las avenidas de esta aldea cubierta de muertos; pero Girard, haciendo el último esfuerzo, rechazó de nuevo al enérgico anciano que prodigaba en favor de su patria su inagotable valor. Girard, que había anunciado que no sobreviviría a los desastres de la Francia si debía ser vencida, fué herido mortalmente en esta lucha desesperada. Sus dos generales de brigada, de Villiers y Piat, quedaron fuera de combate. Mandando entonces cada coronel sus fuerzas respectivas, el valiente Tiburcio Sebastiani, coronel del 11.º de ligeros, logró, haciendo prodigios de valor y de presencia de ánimo, mantenerse en Saint-Amand-la-Haye. La división Girard, compuesta de cuatro mil quinientos hombres, había perdido ya la tercera parte de ellos sin contar sus tres generales.

Más a la izquierda, es decir, hacia Saint-Amand-le-Hameau, la división Habert, enviada por Vandamme para socorrer a Girard, contuvo afortunadamente a la caballería de Jurgas y a la infantería de la división Tippelskirchen. Escondiendo en los trigos que estaban muy espigados una nube de tiradores, el general Habert esperó sin mostrarse a la infantería y caballería prusianas, y las dejó avanzar hasta que estuvieron a medio tiro de fusil. Entonces ordenando de pronto un fuego graneado bien dirigido, causó tal sorpresa al enemigo que le obligó a replegarse en desorden. Gracias a estos esfuerzos combinados, quedaron los franceses en posesión de los tres Saint-Amand, sin lograr todavía traspasar la corriente sinuosa del arroyo de Ligny. En el extremo opuesto del campo de batalla, es decir, a la derecha de los franceses, la infantería de Thielmann bajó desde el Point-du-Jour hacia el camino de Charleroy, y una vigorosa carga de los dragones de Exelmans le obligó a pasar el fatal arroyo, conteniéndola con un continuo fuego la división Hulot, formada en guerrilla. Detenidos, como se ve, en la línea tortuosa del arroyo de Ligny los franceses y los prusianos, no hacían más que fatigarse mutuamente, lo que era más triste para los primeros que para los segundos, porque los franceses necesitaban una victoria pronta y completa para concluir con los dos ejércitos que tenían enfrente. Pero Napoleón, siempre a caballo y en observación, imaginó de pronto un medio para hacer que la prolongación del combate causase mayores desastres a los prusianos que a los franceses. Ya hemos dicho que el arroyo en cuyas orillas se hallaban situadas las aldeas objeto del combate, cambiaba bruscamente de dirección al salir de Saint-Amand el grande, resultando de esto que la aldea de Ligny formaba casi un ángulo recto con la de Saint-Amand. Dirigiéndose Napoleón hacia Ligny descubrió un claro en la hilera de árboles que bordeaban el arroyo, y a través de la cual se apercebían los cuerpos de Ziethen y de Pirch I, colocados los unos detrás de los otros hasta el molino de Bry. Acto continuo dispuso

que acudiesen a este sitio algunas baterías de la guardia, y causaron bien pronto espantosos estragos en las masas enemigas. Cada descarga se llevaba centenares de hombres, destruía las tiendas de campaña y los caballos, y hacía volar en pedazos las cureñas de los cañones.

Contemplando este espectáculo con la horrible sangre fría que la guerra desarrolla aun en los hombres menos sanguinarios, Napoleón dijo a Friand, que no se separaba de su lado: «Ya lo ves, el tiempo que nos hace perder les costará más caro que a nosotros.» Sin embargo, matar, matar a millares de hombres no bastaba: era tarde y había necesidad de concluir con el ejército prusiano para poder al día siguiente correr a combatir con el ejército británico. Desolado el general Friand al ver que el movimiento ordenado contra la retaguardia del ejército prusiano no se ejecutaba: «Tranquilízate, le repitió Napoleón, no hay más que un modo de ganar una batalla;» y con la fecundidad de su ingenio imaginó instantáneamente otra combinación para poner término en seguida a aquella encarnizada lucha.

El efecto de su artillería, que atacaba de lado a las masas prusianas, le sugirió de pronto la idea de encaminarla más arriba hacia su flanco, y dejando atrás a Ligny, atravesar el arroyo con toda la guardia, para caer de este modo sobre la retaguardia de los sesenta mil hombres que atacaban a los tres Saint-Amand.

Si este movimiento salía bien, y ejecutado por la guardia apenas podía dudarse lo contrario, el ejército prusiano quedaba dividido en dos porciones, Ziethen y Pirch estaban separados de Thielmann y de Bulow, y por más que el resultado no fuese tan grande como podía ser si un destacamento de Ney avanzaba contra la retaguardia de Blücher, era sin embargo grande, muy grande, y hasta bastante para que los franceses se hubiesen desembarazado de los prusianos durante el resto de la campaña.

Apenas ideada esta combinación que acabamos de indicar, Napoleón ordenó a Friand que formase la guardia en columnas de ataque, que se elevase con ella a la altura de Ligny, y que pasase por detrás de esta aldea para atravesar más allá de ella el siniestro arroyo, lleno ya, no de agua, sino de sangre hirviente.

Estas órdenes comenzaban a ejecutarse cuando fué bruscamente dirigida la atención de Napoleón hacia el lado que ocupaba Vandamme. Blücher, intentando un último esfuerzo, había mandado que se retirasen las agotadas divisiones de Ziethen, ordenando avanzar a las de Pirch I, para dar todavía un asalto a los tres Saint-Amand. Vandamme había agotado también sus reservas y pedía socorro a toda prisa. No era posible hacérselo aguardar con la esperanza de un movimiento hacia la retaguardia del enemigo, que, aunque mandado muchas veces, no se ejecutaba... Napoleón le envió sin dilación una parte de la guardia joven al mando del general Duhesme, y dispuso que la veterana y la caballería continuasen su marcha hacia Ligny. Al notar que la guardia se ponía en movimiento para socorrerlas, las tropas de Vandamme a la izquierda y las de Gerard a la derecha prorrumpieron en gritos de alegría. Las aclamaciones de *viva el emperador!* fueron recíprocamente cambiadas. El conde de Lobau, a quien la violencia del fuego impulsó a acercarse hacia Fleurus, ocupó el

(1) El lector no habrá olvidado que el general Girard, comandante de una división destacada del 2.º cuerpo, no es el general Gerard, comandante del 4.º cuerpo y que entonces combatía en la aldea de Ligny.  
(N. del A.)

puesto de la guardia imperial, formando desde entonces la reserva.

Ya era tiempo de que llegase á Vandamme el socorro de la guardia joven, porque la división Habert situada en Saint-Amand-le-Hameau para sostener á la división Girard medio destruída, viendo avanzar contra ella nuevas masas prusianas y descubriendo otras columnas dispuestas á atacarla por la retaguardia, comenzaba á perder terreno. Vandamme acudió al paraje mismo en donde se hallaba, y menos asustado de las masas que veía enfrente que de las que columbraba á sus espaldas, no pudo menos de experimentar una grande y repentina turbación. Se presentó de pronto á su imaginación Kulm con todos sus horrores, y se estremeció. Efectivamente, descubrió gruesas columnas con uniforme semejante al de los soldados prusianos, que parecían maniobrar con el propósito de envolverle. No queriendo como en Bohemia verse cogido entre dos fuegos, encargó á un oficial que fuese á reconocer la tropa que avanzaba á espaldas de la división Habert; y este oficial, no habiendo observado bastante de cerca al supuesto enemigo, volvió á galope persuadido de que había visto una columna prusiana, y se lo afirmó así á Vandamme. Entonces replegó este general la división Habert y la formó á su izquierda de un modo conveniente para substraerla de los enemigos harto verdaderos que le amenazaban de frente y de los enemigos imaginarios que le amenazaban por la espalda. Al mismo tiempo envió oficiales tras oficiales á Napoleón para participarle este nuevo incidente.

Napoleón se sorprendía en extremo al oír lo que le referían, y no podía explicarse un acontecimiento tan singular, porque para que una columna inglesa ó prusiana hubiese podido interponerse entre el ejército francés que combatía en las Quatre-Bras y el que combatía en Saint-Amand, era preciso que los diversos cuerpos de caballería, situados á la derecha de Ney y á la izquierda de Vandamme, hubiesen permanecido todo el día inmóviles y con los ojos cerrados. Sobre todo, hubiera sido preciso que el cuerpo de Erlón, colocado detrás de Ney, no hubiese apercibido nada, y estas distintas suposiciones eran todas igualmente inadmisibles. Pero más que las conjeturas valía un informe exacto, producto de un reconocimiento verificado en regla, y Napoleón envió muchos ayudantes de campo á galope para que por sus propios ojos examinasen lo que pasaba entre Fleurus y los Quatre-Bras y le explicasen esta aparición inesperada en su flanco izquierdo de tropas consideradas como prusianas. Entretanto suspendió el movimiento de la guardia veterana hacia Ligny, porque no era á propósito para deshacerse de las reservas si como suponían avanzaba hacia él por la espalda un cuerpo considerable; pero dejó á la guardia joven acudir en auxilio de las agotadas divisiones de Habert y Girard, y mandó continuar el horrible fuego que, cogiendo de flanco á las masas enemigas, producía en ellas los mayores estragos.

Durante este tiempo Blücher, á quien ningún obstáculo contenía, lanzó de nuevo sobre Saint-Amand-le-Hameau y Saint-Amand-la-Haye los batallones reorganizados de Ziethen y de Pirch II. Atacada por la quinta vez la línea de Vandamme, se batía en retirada, cuando la guardia joven conducida por Duhesme, cargando de

hoz y de coz sobre el Hameau y la Haye, rechazó á los prusianos y recuperó otra vez la línea del arroyo de Ligny. En el momento en que se restablecía el combate, los ayudantes de campo enviados á reconocer el cuerpo que avanzaba por la espalda, volvieron disipando el grave error con el que un oficial desprovisto de sangre fría había alarmado á Vandamme. El cuerpo en cuestión no era otro que el que mandaba de Erlón, el cual, obedeciendo las reiteradas órdenes de Napoleón, se dirigía hacia el molino de Bry, y por consecuencia acudía á tomar por la retaguardia la posición del enemigo. No había, pues, nada que temer por este lado; por el contrario debían concebirse legítimas esperanzas si las órdenes, ya dadas tantas veces, concluían por ser ejecutadas. Napoleón las renovó, y sin embargo se apresuró á llevar á cabo la gran maniobra interrumpida por la falsa noticia entonces ya aclarada. Cada instante que pasaba, aumentaba la oportunidad de esta medida, porque Blücher, acumulando sus tropas hacia los tres Saint-Amand, dejaba un vacío entre él y Thielmann, y un golpe vigoroso descargado más arriba de Ligny en la dirección de Sombreffe, debía separar los cuerpos de Ziethen y de Pirch I de los de Thielmann y de Bulow, ponerlos en el más completo desorden, y hacerlos prisioneros de Erlón si este último llevaba á cabo su movimiento. La maniobra era de todos modos muy oportuna, porque podía dar el golpe decisivo tanto tiempo esperado, hacerle desastroso para el ejército prusiano si de Erlón estaba cerca de Bry, y de lo contrario no por eso dejaría de terminar la batalla con ventaja de los franceses, destruyendo la tenaz resistencia que encontraban en la opuesta orilla del arroyo de Ligny.

Napoleón ordenó, pues, á la guardia veterana que emprendiese de nuevo el movimiento suspendido, desfilando por detrás de Ligny hasta la extremidad de esta desventurada aldea. No quería enviar sus batallones escogidos á Ligny en donde hubieran encontrado por obstáculos un montón de ruinas y de cadáveres, y por eso los guió á un paraje más arriba de la aldea, por el que sólo tenían que atravesar el arroyo y una hilera de árboles que se levantaban en su orilla. Dirigiendo por sí mismo á sus zapadores, mandó destruir los árboles y las cercas á fin de abrir el paso á una compañía desplegada. A la izquierda colocó tres batallones de la división Pecheux, los cuales, saliendo de la aldea al mismo tiempo que la guardia atravesaba el arroyo, debían favorecer el movimiento de ésta. En seguida formó seis batallones de granaderos en columnas cerradas, y cuatro de cazadores para apoyarlos. Ese silencio del que espera, reina en las filas de estas admirables tropas, orgullosas con el honor que les han reservado de acabar la batalla. En este momento, el sol, ocultándose detrás del molino de Bry, ilumina con sus últimos rayos las copas de los árboles, y Napoleón da por fin la señal esperada con tanta impaciencia. La columna de los seis batallones de granaderos se precipita entonces hacia adelante, atraviesa el arroyo, y sube la orilla opuesta mientras que los tres batallones de la división Pecheux salen de Ligny. Vencido el obstáculo, los granaderos se detienen para reformar sus filas y abordar la altura en donde se encontraban los restos de las divisiones Krafft y Langen, sostenidas por toda la caballería prusiana. En tanto que se reorganizan, el enemigo descarga sobre ellos una

nube de balas y de metralla, pero soportan el fuego sin descomponerse. La caballería prusiana, creyéndoles por el uniforme batallones de milicia nacional movilizada, avanza y procura parlamentar para inclinarlos á rendirse; pero uno de los batallones se forma en seguida en cuadro y cubre el suelo de jinetes enemigos. Los demás, formados en columnas de ataque, marchan á la bayoneta y destrozan cuanto se les opone. La caballería prusiana vuelve á la carga, pero en el mismo instante caen sobre ella á galope los coraceros de Milhaud. Se traba una sangrienta pelea, que poco después es ventajosa á los franceses, y el ejército prusiano, dividido en dos, se ve obligado á retrogradar á toda prisa.

En aquel momento, Blücher, después de haber intentado recuperar los tres Saint-Amand con un último é inútil esfuerzo, acudió á reunir las tropas que permanecían en torno del molino de Bry. Llegando demasiado tarde, fué encontrado y pisoteado por los coraceros. Este heroico anciano, quedando en tierra con un ayudante de campo que se guardó muy bien de demostrar quién era, oía el galope de los jinetes franceses que acuchillaban á sus escuadrones, terminando la derrota de su ejército. Durante este tiempo Vandamme desembo-caba en fin por Saint-Amand, Girard por Ligny; y á la derecha el general Hulot con la división Bournont, atravesando el camino de Charleroy á Namur, le abría á la caballería de Pajol y Exelmáns. Eran más de las ocho de la noche: la obscuridad comenzaba á envolver aquel horrible campo de batalla, y desde la derecha hasta la izquierda la victoria era completa. Sin embargo, el ejército prusiano, que se retiraba delante de la guardia imperial victoriosa, no parecía hallarse acosado; de Erlón, tan llamado por las órdenes de Napoleón, tan esperado, no se dejaba ver, y no podían contarse con otros resultados que con los que tenían á la vista. El ejército prusiano, en retirada por todas partes, dejaba á los franceses el campo de batalla, es decir, la gran calzada de Namur á Bruselas, línea de comunicación de los ingleses y de los prusianos, y además el terreno cubierto con diez y ocho mil hombres entre muertos y heridos. Los franceses le habían cogido algunos cañones y prisioneros; pero no eran estas ciertamente todas las pérdidas que había experimentado. Muchos hombres, atemorizados por la encarnizada lucha, se alejaban á la desbandada. De este modo habían abandonado las banderas unos doce mil, y aquella jornada privó al ejército prusiano de treinta mil combatientes, reduciendo á noventa mil hombres los ciento veinte mil que componían su total.

¿Qué eran, á pesar de todo, estos resultados, al lado de los treinta ó cuarenta mil prisioneros que hubieran podido hacerse si de Erlón se hubiera presentado, completando la ruina del ejército prusiano y dejando sin apoyo al ejército inglés? Napoleón tenía demasiada experiencia para admirarse de los accidentes, que las más de las veces dan al traste con las más sabias combinaciones; pero sin embargo le costaba trabajo explicarse la falta de ejecución de sus órdenes, y buscaba la causa sin encontrarla.

Según sus cálculos, el ejército inglés no había podido encontrarse entero en los Quatre-Bras durante el día, y no comprendía cómo el mariscal Ney no había podido enviarle un destacamento, y sobre todo cómo de Erlón,

que se hallaba tan cerca de Fleurus, no había llegado aún. En la duda, se detuvo en el campo de batalla cubierto ya por las sombras de la noche, y permitió á sus soldados muertos de fatiga, porque habían andado ocho ó diez leguas la víspera, cuatro ó cinco por la mañana, y además se habían batido durante todo el día, les permitió, decimos, vivaquear en el terreno en donde la batalla había terminado. Solamente mandó avanzar al conde de Lobau (6.º cuerpo), su única reserva, y le estableció alrededor del molino de Bry. Enviarle en persecución de los prusianos, si se hubiera sabido lo que pasaba en los Quatre-Bras, hubiera sido posible; pero no habiendo llegado ningún oficial de Ney, no teniendo más que estas tropas de refresco (toda la guardia se había batido), Napoleón pensó que necesitaba conservarlas, porque en el caso de una reacción ofensiva del enemigo, era el único cuerpo que podía oponerle. De todos modos destacó una división, la de Teste, y la confió al inteligente y astuto Pajol para seguir la pista á los prusianos y acelerar su retirada. El resto lo conservó para cubrir sus vivaques.

Lo que todavía ignoraba, y lo que cuando más entreveía, puede fácilmente comprenderse sabiendo las disposiciones del mariscal Ney. Nuestros lectores recordarán que desde por la mañana se manifestó el mariscal indeciso en presencia de los cuatro mil hombres del príncipe de Sajonia-Weimar, tomándolos, si no por el ejército inglés, al menos por una parte considerable de él, sobre todo al ver algunos oficiales de superior graduación ejecutar un reconocimiento que parecía el preliminar de una gran batalla. La singular resolución del general Reille, retardando por su propia autoridad el movimiento del 2.º cuerpo, aumentó las perplejidades del mariscal, y pasó la mañana en la duda, queriendo tan pronto atacar como temiendo exponerse á cometer una imprudencia. Dominado por estas diversas impresiones, envió á Napoleón un oficial de lanceros para decirle que creía tener que habérselas con fuerzas superiores á las suyas, á lo que Napoleón respondió vivamente que las que había en los Quatre-Bras no podían ser considerables; que serían cuando más las que hubieran tenido tiempo de llegar desde Bruselas; que Blücher no había podido enviar tropas á los Quatre-Bras, porque su cuartel general se hallaba en Namur, y que por lo tanto debía atacar con los cuerpos de Reille, de Erlón, con la caballería de Valmy y destruir los obstáculos que se le oponían. Aunque Napoleón hubiera vivido en medio del estado mayor enemigo, no hubiera podido juzgar su situación con más exactitud ni dar órdenes más oportunas. Ney recibió además de la carta enviada por conducto de Mr. de Flahault la orden formal de atacar, expedida desde el cuartel general, y estaba resuelto á obedecerla; pero por desgracia el segundo cuerpo no había llegado aún á las doce del día. El general Reille continuaba deteniéndole delante de Gosselies, siempre muy preocupado con la aparición de los prusianos que le había señalado el general Girard. Ney hubiera podido sin duda con la división Bachelú y la caballería de Lefebvre-Desnoettes y Piré, que reunidas contaban nueve mil hombres, destruir al príncipe de Sajonia-Weimar, que á las doce sólo había recibido un refuerzo de dos mil hombres, y por lo tanto sólo contaba con seis mil. El príncipe de Orange, que

llegó precipitadamente, no llevó consigo ninguna fuerza, y Ney, con cuatro mil quinientos hombres de infantería y cuatro mil quinientos de caballería de la mejor calidad, le hubiera seguramente derrotado. Se comprende, sin embargo, que al descubrir un brillante estado mayor, y temiendo hallarse enfrente de todo un ejército, no se atreviese á aventurarse á comenzar la acción con las fuerzas de que disponía; pero con los despachos reiterados del emperador perdió la paciencia y envió por fin á los generales Reille y de Erlón la orden de avanzar á toda prisa.

Si el general Reille después de conocer el mensaje del general Flahault hubiera marchado con las dos divisiones Foy y Jerónimo, hubiera elevado las fuerzas de Ney á veintidós mil hombres lo menos, á cerca de veintiséis mil con los coraceros de Valmy, y hubiera podido ocupar al mediodía los Quatre Bras. Esto era más de lo necesario para vencer al enemigo, fuese á las doce ó á la una de la tarde. Por desgracia el general Reille no había hecho nada, y se limitó, instado por su jefe, á ir en persona á los Quatre-Bras, adonde llegó á las dos. Entonces Ney le manifestó su deseo de atacar á los enemigos que tenía delante, diciendo que eran poca cosa y que acabaría con ellos fácilmente. El general Reille, preocupado por sus recuerdos de España, como Vandamme por los suyos de Kulm, en vez de excitar el ardor de Ney procuró apaciguarle, diciéndole que no debían obrar de aquel modo con los ingleses, que batirse con ellos era una cosa seria, y que no era prudente empezar el combate hasta que las tropas estuviesen reunidas; que por entonces veían delante de sí poca gente, que probablemente se hallaba detrás de los bosques el ejército inglés, que aparecería en masa cuando llegaran á las manos, y que por lo tanto era preciso presentarse á él con todas las fuerzas de que podían disponer. En principio era bueno el consejo; en aquella circunstancia funesto, pues que entonces no había en los Quatre-Bras más tropas que las de la división Perpóncher, tres cuartas partes de la cual llegaron á las doce hallándose completa á las dos, y no formando en su totalidad más que ocho mil hombres. Ney se resignó, pues, á esperar á las divisiones Foy y Jerónimo, porque si el general Reille estaba á su lado, sus divisiones, puestas en movimiento demasiado tarde, no se hallaban todavía en línea. Entretanto el cañón de Saint-Amand y de Ligny resonaba, eran cerca de las tres, y Ney, no pudiendo contenerse, tomó el partido de atacar creyendo que el estampido del cañón apresuraría la marcha de sus tropas (1). Tenía desde la víspera la división Bachelú; la del general Foy se había reunido á ella, y contaba con diez mil hombres de infantería.

(1) Refiero estos detalles en vista del diario militar del general Foy, escrito día por día, y que por lo mismo merece una confianza que no pueden merecer en el mismo grado las relaciones hechas veinte ó treinta años después de los sucesos. Este diario afirma que Ney quería atacar, que el general Reille le disuadió alegando el carácter particular de las tropas inglesas, que le aconsejó esperar la concentración de las divisiones, y que esta deliberación tuvo lugar en el mismo momento en que se oía el cañón de Ligny. Ahora bien, como no se oyó hasta las dos y media lo más pronto, puede asegurarse que á esta hora no había comenzado el ataque en los Quatre-Bras. Ney hubiera querido llevarle á cabo algo más pronto, pero el consejo del general Reille y la tardía llegada de sus divisiones se lo impidieron. Por el relato del coronel Heymés se sabe también que el mariscal estaba impaciente por ver llegar

Además disponía de la caballería de los generales Piré y Lefebvre-Desnoettes, de la de Valmy en número de tres mil quinientos coraceros, entre todos cerca de ocho mil jinetes. Es cierto que le habían recomendado que economizase la caballería de Lefebvre-Desnoettes y que conservase un poco atrás la de Valmy; pero estas no eran órdenes, sino simples recomendaciones que la necesidad anulaba. Se decidió, pues, á entrar en acción (2). La división Jerónimo empezaba á mostrarse, y sabía que el cuerpo de Erlón estaba en camino. Era natural que el estampido del cañón estimulase su celo y activase su marcha.

He aquí cuál era el campo de batalla en el que iba á trabarse esta tardía pero heroica lucha. Ney ocupaba el camino real de Charleroy á Bruselas, pasando por Frasnés y los Quatre Bras. Entonces se hallaba un poco más allá de Frasnés al borde de una ladera bastante extensa y enfrente de los Quatre-Bras, en donde había una posada y algunas casas. Delante de sí veía el camino de Charleroy á Bruselas, que pasaba por medio del de la ladera y subía después hacia los Quatre-Bras, en donde encontraba por un lado el camino de Nivelles y por el otro la calzada de Namur. A la izquierda estaban las colinas de Bossú cubiertas de árboles, detrás de las cuales circulaba el camino de Nivelles; en el centro la heredad de Gimioncourt sobre el mismo camino; á la derecha varios barrancos rodeados de árboles, que terminaban cerca del Dyle; por último, en la extremidad del horizonte la calzada de Namur á Bruselas, de donde partían los continuos fognazos del cañón de Ligny.

Las disposiciones del enemigo delante de los Quatre-Bras podían descubrirse claramente, pero las que se tomaban detrás no, y esto dejaba á Ney en la duda

las divisiones del 2.º cuerpo, y que rompió el fuego antes de contar con todas sus fuerzas, alentado por la esperanza de que el estrépito del cañón apresuraría la marcha de las que estaban en retraso.

(2) Para descargar á Ney de la responsabilidad de los acontecimientos ocurridos en los Quatre-Bras, y hacerla recaer sobre Napoleón, se ha dicho que atacando á las dos, se anticipaba con mucho á la orden expedida en Fleurus á la misma hora y que no pudo llegar á Frasnés hasta las tres y media. Este es un doble error. En primer lugar se escuchaba el cañón de Ligny; luego eran las dos y media por lo menos, y probablemente las tres, cuando Ney se decidió á atacar. Además Ney había recibido el mensaje de Mr. de Flahault antes de las once, prescribiéndole que llegase más allá de los Quatre-Bras; por último, también había recibido el mensaje expedido en Charleroy respondiendo al envío de un oficial de lanceros, con el cual Napoleón, disponiéndose á partir para Fleurus y calmando las inquietudes del mariscal, le ordenó que reuniese inmediatamente á Reille y á de Erlón para vencer con ellos al enemigo que le estorbaba el paso. Ney debió recibir á las once y media lo más tarde este último mensaje, expedido en Charleroy antes de que Napoleón saliese de este punto. No se anticipaba, pues, á las órdenes imperiales, toda vez que estas órdenes, llegadas las unas á las diez y media y las otras á las once y media, le exhortaban á no hacer caso de sus temores y á destruir los obstáculos que encontraba. Por lo demás es cierto que después de haber recibido la segunda orden, tenía un gran deseo de obrar; pero esperaba á las tropas de Reille, que éste había detenido bajo la influencia del aviso que le había transmitido el general Girard, anunciándole la aparición del ejército prusiano. Más adelante discutiré la parte que cada cual tomó en estos acontecimientos; pero puede decirse desde luego que presidió en ellos una deplorable fatalidad, y sobre todo una inmensa influencia de las últimas desgracias de la Francia, obrando sobre la imaginación de los generales franceses y produciendo en ellos dudas y debilidades, ajenas de todo punto á su carácter. (N. del A.)

respecto del número de fuerzas con las que tenía que luchar. Por de pronto, el príncipe de Orange, que disponía de los nueve batallones de Perpóncher, colocó cuatro á la izquierda de los franceses en el bosque de Bossú, dos al centro de la heredad de Gimioncourt, uno en el camino para apoyar á su artillería y dos de reserva delante de los Quatre-Bras.

Ney resolvió destruir las fuerzas que veía, ignorando las que habría detrás; pero contando con la llegada de la división Jerónimo, que no estaba lejos, y con el cuerpo de Erlón, que no podía tardar en presentarse, dirigió la división Bachelú á la derecha del camino, la división Foy en el camino real mismo, y repartió á derecha é izquierda la caballería de Piré. Los tiradores franceses no tardaron en rechazar á los del enemigo, y la caballería de Piré, cargando á galope sobre uno de los batallones holandeses que se hallaba apostado delante de la heredad de Gimioncourt, despejó el campo. En la calzada, la artillería de Ney, superior en calidad, en número, y sobre todo en posición á la del enemigo, desmontó muchas de sus piezas y causó grandes estragos en las filas de su infantería. Incomodado con su fuego el príncipe de Orange, tuvo el atrevimiento de querer apoderarse de ella procurando comunicar su valor al batallón que cubría su propia artillería, y guiándole á paso de carga hacia nuestros cañones. Mientras le conducía agitando su tricorno, el general Piré lanzó uno de sus regimientos contra él, y atacándole de flanco, le dispersó, echó por tierra al príncipe, y muy poco faltó para hacerle prisionero.

Llegó entonces la vez á la infantería francesa, y la división Foy, avanzando por el camino real, atacó con la brigada Gautier la heredad de Gimioncourt. Esta brigada, que el mismo Foy guiaba, se apoderó de la heredad y llegó al lado opuesto de la hondonada en donde estaba sita. La brigada Jamín, la segunda de la división Foy, se adelantó hacia el bosque de Bossú y obligó á encerrarse en este punto á los batallones de Sajonia-Weimar. El príncipe de Orange se encontraba en una crítica situación, porque los dos batallones que tenía de reserva delante de los Quatre-Bras, no bastaban para contener á las victoriosas divisiones Bachelú y Foy.

Si en aquel momento Ney más confiado se hubiera lanzado sobre los Quatre-Bras, se hubiera sin duda alguna apoderado de este punto decisivo, y las divisiones inglesas procedentes unas de Nivelles y otras de Bruselas, no pudiendo reunirse, hubieran tenido necesidad de dar un largo rodeo para combinar sus esfuerzos, con lo que Ney hubiera podido establecerse á sus anchas en los Quatre-Bras, haciéndose invencible en esta posición. Pero siempre inseguro respecto de las fuerzas que tenía delante, no atreviéndose á emplear los coraceros de Valmy ni la caballería de Lefebvre-Desnoettes, Ney se decidió á esperar el refuerzo de la división Jerónimo, que era la más numerosa del 2.º cuerpo, antes de llevar más lejos sus triunfos. A las tres y media se presentó por fin esta división, pero al mismo tiempo recibía también el príncipe de Orange un poderoso refuerzo. La división Picton, con ocho batallones ingleses y escoceses y cuatro hannoverianos, llegó á Bruselas ofreciéndole cerca de ocho mil combatientes; una parte de la caballería de Collaert, compuesta de mil cien caballos,

desembocaba por el camino de Nivelles; poco después las tropas de Brunswick, procedentes de Vilvorde, llegaron igualmente, y el duque de Wellington, después de haber llevado á cabo varios reconocimientos, acudía también para encargarse de la dirección del combate. Las tropas de Brunswick, por lo menos las que habían llegado, ofrecían á los Quatre-Bras un nuevo refuerzo de tres mil infantes y un millar de jinetes. El duque de Wellington, con las divisiones Perpóncher, Picton y Brunswick, contaba ya veinte mil hombres, y por lo tanto sus fuerzas eran poco más ó menos iguales á las del mariscal Ney, aun después del aumento que recibía con la llegada de la división Jerónimo (1).

Mientras que esto ocurría en el ejército británico, la división Jerónimo llegada al punto por donde tenía lugar el combate, ofrecía á Ney el socorro de siete mil quinientos excelentes soldados de infantería, con los cuales contaba en línea diez y nueve mil hombres sobre poco más ó menos, y en rigor hubiera podido disponer además de los tres mil quinientos coraceros de Valmy, porque el despacho imperial, expedido en el momento en que Napoleón salía de Charleroy, encargándole que con los cuerpos de Reille, de Erlón y de Valmy destruyese los obstáculos que encontrara, le autorizaba á todas luces á emplear los esfuerzos del último; pero dejó á Valmy detrás, y no se atrevió á servirse de Desnoettes. Prescribió de nuevo á Erlón que apresurase el paso, y con la división Jerónimo continuó el combate, resuelto á hacerle decisivo. Ordenó á la división Bachelú, situada á su derecha, que tomase por punto de partida la heredad de Gimioncourt, avanzando, si podía, hasta la gran calzada de Namur, y reunió en el camino real las dos brigadas Gautier y Jamín, de la división Foy, cuyos flancos se hallaban apoyados por la caballería de Piré, intimándoles á marchar y directamente hacia los Quatre-Bras. En la izquierda, á lo largo del bosque de Bossú, reemplazó la brigada Jamín con la brillante y numerosa división Jerónimo, cuyo segundo comandante era el general Guilleminot.

Como se ve, Ney impulsó su línea hacia adelante de derecha á izquierda, lo que no era tomar la mejor medida, porque iba á encontrar en sus alas poderosos y temibles obstáculos, mientras que si se limitaba á ejecutar simples demostraciones, de una parte por el lado de

(1) He aquí el estado de las tropas respectivas á las tres y media ó las cuatro menos cuarto de la tarde, formado con la mayor exactitud posible:

El duque de Wellington tenía:	Hombres.	
Perpóncher . . . . .	7.500	} 20.600
Collaert. . . . .	1.100	
Picton (ingleses y hannoverianos) . . . . .	8.000	
Brunswick. . . . .	4.000	
Ney tenía:		
Bachelú (con la artillería) . . . . .	4.500	} 25.000
Foy . . . . .	5.000	
Jerónimo. . . . .	7.500	
Piré . . . . .	2.000	
	19.000	
Un poco atrás, pudiendo pero no queriendo emplearlos:		
Lefebvre-Desnoettes (caballería ligera). . . . .	2.500	}
Valmy (coraceros). . . . .	3.500	